

MONTALVO, IDEÓLOGO POLITICO

Plutarco Naranjo

Universidad Andina “Simón Bolívar”, Quito

Los escritos de Montalvo, considerados como obras literarias, han merecido, tanto de propios como de ajenos, los más altos elogios (1).

Benjamín Carrión dice: “Montalvo es la primera figura de nuestra historia literaria; excluyendo toda opinión, todo plebiscito, toda disparidad” (2). La escritora española Pardo Bazán opinó: “Tendrá hoy España hasta seis escritores que igualen a Montalvo, en el conocimiento y manejo del idioma, pero ninguno que lo aventaje” (3). Alfonso Reyes mexicano, y uno de los más altos, valores de la filosofía latinoamericana, expresó: “Montalvo es uno de los pocos americanos que pueden hombrearse con los escritores de cualquier país, que hayan merecido la fama universal” (4).

Para qué seguir mencionando otras valiosas opiniones, pero hay en Montalvo, algo más que ha merecido aún mayores y entusiastas elogios. El estilo de sus escritos. Ernesto Proaño S.I. superando la época de la condena religiosa en su texto de literatura, dice: “*Si fuera posible deslindar el fondo de la forma en la fusión orgánica de una obra, por sólo eso –se refiere a la forma- Montalvo merecería el calificativo de GENIO. Y es que su estilo palpita vivo, fresco y contagioso, con una elasticidad admirable, mezcla ardorosa de poesía y de prosa, de remanso y de torrente, pero siempre bullente en ideas sútiles, pensamientos excelso y perlas resplandecientes de metáforas sugeridoras*” (5).

El crítico literario, de origen argentino, Anderson Imbert, quien ha dedicado todo un volumen al estudio del estilo de Montalvo, dice: “*Fue un prosista de deslumbrantes efectos de estilo... en el cauce de su prosa podría recogerse mucho oro. Tenía un extraordinario don de acuñar frases, de desviarse del camino trillado y encontrar una salida portentosa, de evocar una realidad con mínimos toques de prosa imaginativa*” (6).

-
1. **SACOTO SALAMEA, A:** Juan Montalvo: el escritor y el estilista. Casa de la Cultura, Cuenca, 1987.
 2. **CARRION, B.:** El nuevo relato ecuatoriano. Crítica y antología. Casa de la Cultura Ecuat. Quito, 1951.
 3. **PARDO-BAZAN, E:** (Carta) en: **YEROVI, A. L.:** Juan Montalvo, ensayo biográfico, Public. Casa de Montalvo, Tip. A.M. Garcés, Ambato, 1932, 51 pp.
 4. **REYES, A.:** Obras completas. Fondo Cult. Ecom. México, 1979.
 5. **PROAÑO, E.:** Figuras y antología poética de la literatura ecuatoriana. 3^a. Edición. Ed. Santo Domingo, Quito, 1965, 374 pp.
 6. **ANDERSON IMBERT, E.:** El arte de la prosa en Juan Montalvo. El Colegio, México. 1998.

El celebrado escritor español, Juan Varela, en el prólogo de Geometría Moral, expresa: “*El inimitable estilo, tan propio de Montalvo, las galas y las riquezas de lenguaje, la asombrosa erudición y la abundancia de imágenes, de historias, de anécdotas y personajes fingidos o no fingidos, pero bien evocados y trazados, el libro de Montalvo es la obra de un hombre de gran talento, del más atildado prosista que estos últimos tiempos ha escrito en lengua castellana, y de un hombre, por último de imaginación briosa y rica*” (7).

Más allá de estas opiniones fragmentarias, es decir que se refieren solo a un aspecto de los escritos del Cosmopolita, quien lo valoró en su conjunto es el gran maestro uruguayo José Enrique Rodo. Por una parte afirma. “*La lengua de Castilla se mira en el estilo de Montalvo como una madre amorosa en el hijo de sus entrañas... Cervantes, en quien la invención novelesca conserva mucha parte del candor del primitivo épico, tuvo la divina inspiración del estilo, y como su arte infuso, pero careció, en fuerza de su propia absoluta naturalidad, de la conciencia del estilo, que es intensísima y predominante en Montalvo, artista refinado y precioso, cuyas afinidades, dentro de la clásica prosa castellana, han de buscarse, mucho más que en Cervantes, en Quevedo o Gracián*”.

(...) *La Literatura de Montalvo tiene asentada su perennidad, no solamente en la divina virtud del estilo, sino también en el valor de nobleza y hermosura de la expresión personal que lleva en sí. Pocos escritores tan apropiados como él para hacer sentir la condición reparadora y tonificante de las buenas letras.* (...) Pero no sería lícito concluir que toda la obra de Montalvo sea la maravilla plástica y formal de su prosa. ¿Qué hay, entonces, en Montalvo, además del incomparable prosista? Hay el esgrimidor de ideas: hay aquella suerte de pensador fragmentario y militante, a que aplicamos el nombre de luchador. Y encarando bajo esta faz, el valor ideológico de su obra iguala, o se aproxima, al que ella tiene en la relación de puro arte (8).

El ideólogo político

Más allá del celebrado escritor, más allá del admirado estilista, más allá del iniciador del ensayo, en lengua castellana, en fin, más allá del incomparable y temible panfletista, Montalvo es **el ideólogo** del liberalismo. Cierto, de un liberalismo romántico. Montalvo es el escritor que convierte el pensamiento político en bellas piezas literarias.

-
7. **VARELA, J.:** Carta-Prólogo de: Geometría Moral. pág. 35. Ed. Est. Tip. Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1902, 173 pp.
 8. **RODO, J. E.:** Montalvo. En: El Mirador de Próspero. (Breve semblanza biográfica y esencialmente, extraordinario estudio crítico de la obra de Montalvo), pág. 204-289, Ed. José María Serrano, Librería Cervantes, Montevideo, 1913, 572 pp.

No obstante que, la gran mayoría de sus escritos tienen un fondo político muy claro, lo que es más, muchos de ellos están destinados a una lucha frontal y descarnada contra la opresión y la injusticia, contra despotismos y tiranías y con la mira puesta hacia un régimen de justicia, de respeto de las libertades, de progreso, de bienestar del pueblo, ha pesado más, en el juicio de muchos lectores y críticos, el mérito literario, el extraordinario estilo, antes que el mensaje político (9,10).

Alguien, en relación a los *Siete Tratados* dijo: que no eran simplemente para leerlos sino para estudiarlos, parafraseando diría que la mayoría de escritos de Montalvo, incluso **Los Capítulos que se le olvidaron a Cervantes**, no son únicamente para admirar el arte cuanto para leerlos en forma crítica y aprender el objetivo político, el mensaje ideólogo.

Los primeros escritos

El joven Montalvo fue a Italia y Francia como un novato diplomático y volvió como un osado político y un bravo luchador por las buenas causas.

Maravillado de los hermosos monumentos históricos de Roma, de la campiña italiana; desde la cima del monte Fassioli a cuyos pies está Florencia, le pareció ver, en el río Arno, a su río Ambato y la quinta de Ficoa. De asombro en asombró llegó a la gran metrópoli, a París. Las cartas dirigidas a su hermano Francisco, importante personaje del Poder Judicial, de la docencia universitaria y la política, cada una aunque de carácter familiar, resultaba una interesante crónica de viaje a tal punto que su hermano, miembro de la redacción del nuevo periódico “Democracia”, creyó oportuno publicarlas. Resultaron sus primeros escarceos literarios (11).

En París, el Ministro Plenipotenciario del Ecuador, Pedro Moncayo, ilustre liberal, se convierte en su guía espiritual, su maestro en ideas de libertad, en lecciones de civismo y dignidad. Mas las lamentables noticias que le llegan del país le atormentan. En un gesto altruista y de ingenuo desprendimiento, renuncia a la mitad del sueldo para contribuir a que el desastre económico de la patria no siga adelante. Toma luego la dura resolución de renunciar al cargo y vuelve enfermo y desilusionado, pero firme en su resolución de luchar contra García Moreno.

9. **NARANJO, P.:** Los escritos de Montalvo. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 2000.

10. **NARANJO, P.:** Juan Montalvo. Pensamiento fundamental Ecuatoriana. Univ. Andina,Copr. Editora Nacional, Quito, 2004.

11. **MONTALVO, J.:** Páginas inéditas. Editor Roberto Agramonte. Vol. 1 Editorial “Cajica”, México, 1969.

El Gran Tirano, como lo llamará más tarde, había concluido su primer mandato como presidente. Le sucedió Jerónimo Carrión y el país comenzó a respirar los saludables aires de libertad.

La lucha contra García Moreno

En estas circunstancias regresó Montalvo y desde Bodeguitas de Yaguachi, el 26 de septiembre de 1860, se atrevió a enviar a García Moreno una carta que constituye su declaración de “guerra”, diría su juramento de luchar a muerte por la libertad del Ecuador y el bienestar del pueblo. La carta es larga, reproduzco pocos párrafos: “*Señor. No es la voz del amigo que pide su parte en el triunfo la que ahora se hace oír, ni la del enemigo en rotas que demanda gracia y desea incorporarse con los victoriosos. Mi nombre, apenas conocido, no tiene ningún peso, y no debo esperar otra influencia que la de la justicia misma y la verdad de lo que voy a decirle.*

“*El azote pasó. Los grandes criminales deben ser condenados inexorablemente, los secuaces y ciegos instrumentos generosamente perdonados.*

“*Pero ahora hay que pensar en cosas más serias tal vez, más serias sin duda. La Patria necesita de rehabilitación, y Ud. señor García, la necesita también.*

“*Pero me queda un temor: Ud. se ha manifestado excesivamente violento, señor García. El acierto está en la moderación, y fuera de ella no hay felicidad de ninguna clase.*

¡“*A mí se me ha elevado al trono, no para mi bien, sino para la del género humano*” solía decir un gran Emperador de Roma”.

“*Que el poder no le empeore, señor; llame Ud. a la razón en su socorro.*

“*El alma noble cuando triunfa, no ve amigos y enemigos; no ve sino conciudadanos; hermanos y compañeros todos.*

“*Déjeme Ud. hablar con claridad: hay en Ud. elementos de héroe y de ...suavizemos la palabra, de tirano. Tiene Ud. valor y audacia, pero le faltan virtudes políticas, que si no procura adquirirlas a fuerza de estudio y buen sentido, caerá, como cae siempre la fuerza que no consiste en la popularidad.*

“*¿Le irrita mi franqueza? Debe Ud. comprender que en el haberla usado me sobra valor para arrostrar lo que ella pudiera acarrearme, si me dirigiera al hombre siempre injusto. Mas al espíritu grandioso suele calmarle la victoria, y la moderación es un goce para él; y yo entiendo además, que el que lo quiere y lo procura, puede mejorar de día en día.*

“No he pretendido dar lecciones a Ud., señor no; todo ha sido interceder por la patria común, celo y deseo de ver su suerte mejorada” (9).

Por fin sin miedos, sin reticencias juzga indispensable decir al todo poderoso señor García Moreno que si no se comporta como “buen ciudadano y buen magistrado”, tendrá en él “un enemigo, y no vulgar. No uno cualquiera, sino uno a quien le sobra valor para arrostrar” las consecuencias”.

He aquí no el anuncio de artículos literarios, de poemas o novelas, es la decidida amenaza de lucha política.

Los temores del joven Juan se cumplieron García Moreno derrocó al presidente en funciones, Espinosa y ejerció el mando con más tiranía. No hubo prensa que se atreviera a publicar algo contra García. Montalvo tuvo que esperar hasta 1866 para iniciar su temerario ataque mediante **El Cosmopolita**. Los incondicionales del tirano, los conservadores y ultramontanos salieron al paso, pero lejos de atemorizarse los respondió:

“Si éstos caen en mi pluma, quedarán en tiras, en hilachos; y si es preciso que caigan en mis manos, les obligaré a bofetones a ser hombres. ¿No saben que hay mucha diferencia entre las pobres gentes aferradas a la vida y los que la desprecian? El león es generoso, pero si lo hieren alevosamente, ruge, salta, devora, vende cara su vida. Podrá caer pero será sobre otro”.

He aquí cómo por idealismo, por conciencia democrática entró el **Cosmopolita**, de lleno en la arena política y dispuesto a dejar en hilachas a sus enemigos y adversarios.

En un medio tan fanatizado como fue el de la época garciana, ciertos religiosos y retardatarios le acusaron de apóstata y ateo. Montalvo les respondió con mucha altura: *“La democracia camina a más andar; si algún día prevalece el espíritu del Evangelio, ella será la ley de las naciones. Pero nadie se la opone más que los que la profesan y tienen el alma santamente puesta bajo el yugo de la fe. El clero ha sido siempre aliado natural del despotismo y aun muy dichosos los pueblos si no toma parte con la tiranía. El furor de los demagogos, contra los eclesiásticos no siempre nace de pasión irreligiosa, sino del apoyo que éstos suelen prestar a los opresores, al tiempo que forman ellos mismos clases privilegiadas”*.

9 NARANJO, P.: Los escritos de Montalvo. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 2000.

Hasta ciertos sesudos liberales le acusaron de algo que, a su buen entender, es un inaceptable error. Le recriminaron, de polemista cuando, según ellos, es posible propagar las ideas liberales en “santa paz” y armonía. Responde:

El polemista ha de saber mucho; ha de ser audaz, tenaz, valiente. He aquí el caso rarísimo de un sabio belicoso. El pusilánime, el amigo de su tranquilidad y su comodidad, el egoísta, nunca entrarán en polémica, así como el cobarde no se ofrece para la guerra. En el polemista hay siempre pasión; es patriota apasionado, teólogo apasionado, literato apasionado, orador apasionado, filósofo apasionado, llamando pasión ahora el ardimiento con que ciertos caracteres y ciertos corazones se arrojan al torbellino de la contienda política, religiosa o literaria, siempre que en el bando opuesto estén campando paladines dignos de su prepotencia. Las armas del polemista son el periódico y el opúsculo”.

No cesa de poner en claro y en evidencia para todos, en especial para el pueblo y los estudiantes, los nefandos abusos de la tiranía en que ha vivido el país. Dice:

*Tiranía no es tan solo derramamiento de sangre humana; tiranía es flujo por las acciones ilícitas de toda clase, *tiranía es el robo a diestro y siniestro; tiranía son impuestos recargados e innecesarios; tiranía son atropellos, insultos, allanamientos; tiranía son bayonetas caladas de día y de noche contra los ciudadanos; tiranía son calabozos, grillos, selvas inhabitadas; tiranía es impudicia acometedora, codicia infatigable, soberbia gorda al pasto de las humillaciones de los oprimidos.*

“Tiranía es monstruo de cien brazos: alárgalos en todas direcciones y toma la que quiere: hombres, ideas, cosas, todo lo devora. Devora ideas el monstruo; se come hasta la imprenta, degüella o destierra filósofos, publicistas, filántropos; ésto es comerse ideas y destruirlas”.

Llama a la memoria las páginas de lucha y sacrificio de los próceres del 10 de agosto de 1809. En **“Siete Tratados”** dice: *“Los Quiroga, los Morales, los Salinas ¿quiénes fueron? ¿dónde vivieron? ¿cómo murieron? Apóstoles de la libertad, profetas de la independencia, precursores de la civilización, sacrificados a esas grandes causas: ni deshonor les apocaba, ni indolencia les oscurecía, ni miedo les esclavizaba: pundonorosos, activos y valientes, desplegaron el pendón sagrado, y dando voces santas se fueron a la tumba, después de haber resplandecido en ejercicios de virtud y de grandeza. Y como su voz era alta, había llegado al cielo; y como era elástica, se había extendido por América”.*

(*) Se refiere a Veintimilla

En otras hermosas páginas exalta los valores y virtudes del pueblo. Dice: *Oh tú que, en los conflictos de la patria, cargas con el peligro y las fatigas de la guerra; que rindes el aliento por defenderla, y si ella triunfa no ganas sino la gloria de haber sido su salvador, tú eres pueblo.*

“Oh tú que forjas los metales, labras la madera, construyes la habitación del hombre con tus manos, y la habilitas de comodidades y de lujo, tú eres pueblo.

Conocedor profundo de la historia trae a la memoria y es admonición aquello que la tolerancia del pueblo tiene su límite. Revasado el cual viene la revolución, Dice:

“Parece invención moderna esto de llamar liberales a los que impulsan al género humano hacia el progreso representado por el adelanto físico y moral, y conservadores a los que se oponen a él, creídos de que cumplen con lo que manda Dios, o cometiendo por malicia el grave error con el cual tanto perjudican a sus semejantes.

“En vano piensan algunos que los conservadores no han inventado la pólvora: bobos son pero no para su negocio. Nunca deja de ser cargo fundado contra los hombres de viso de la República, el ver a los más ruines en la cumbre de los honores, y al más perverso e infame en el remate del poder y la soberanía.

Finalmente recordando que el pueblo se pronunció por la revolución contra el timorato presidente Borrero y que el General Veintemilla aprovechó la agitación popular para apoderarse del país, dice:

“Pueblo que hace revolución, la ha de llevar a cima conforme a sus propósitos y necesidades: verificarla, y agachar la cerviz ante el mismo de quien debiera servirse para sus fines, es demérito que trae consigo ineptitud y vergüenza. El pueblo casi siempre es burla de los que le guían: si estos son hombres sin fe ni amor, sin pundonor ni patriotismo, el pobre pueblo es el que se expone, el que vierte su sangre, el que triunfa; ellos los que maman la cabra, haciendo migas con traidores y farsantes.

He aquí un importante mensaje político. Saber llevar a término una revolución justa!

Como es sabido Montalvo es un gran escritor, pero asistemático. No nos dejó un cuerpo de doctrina política. Sus ideas políticas aparecen aquí y allá a lo largo de sus artículos.

El ideario político

En Montalvo se funden y, en ocasiones, extrañamente en forma armónica, tres corrientes, por lo general, antitéticas: romanticismo, aunque un poco tardío en Sudamérica y que en nuestro autor se manifiesta en el preciosismo del estilo y la expresión; el neo-clasicismo que se proyecta en su estilo, y por fin, el liberalismo, como fundamento del pensamiento político. Se trata de un liberalismo peculiar: romántico en algunos de sus postulados, sin embargo de un gran contenido social que contrasta con el liberalismo de la época, del “dejar hacer y dejar pasar”

Montalvo, seguramente es, en Hispanoamérica, uno de los ideólogos y escritores políticos más avanzados de esos tiempos, con el poco usual mérito de unir a la prédica la decidida acción. Es un precursor en quien el escritor, por desgracia el estilista se agiganta mientras el ideólogo político se queda en la prenumbra.

En concreto y términos actuales, cuál es el proyecto nacional de Montalvo?

Su primer postulado es la defensa del régimen republicano tan conculado por los gobiernos de turno. Cuando aparece el primer cuaderno de *El Cosmopolita*, en 1866, el Ecuador es tierra virgen. No hay claras ideologías ni partidos políticos; quedan apenas restos del garcianismo. Existe un difuso sentimiento que se inclina a favor de las ideas “liberales” que es una especie de respiro ciudadano después de la tiranía garciana. Las páginas de *El Cosmopolita* constituye el primero y más serio intento de propagar la ideología liberal.

En el ensayo “*Liberales y conservadores*” (*El Regenerador*) hace un largo parangón entre los dos sectores. Algunas de sus observaciones son:

“Los conservadores tratan de mantener incambiables las estructuras sociales y políticas y por consiguiente los privilegios de las clases dominantes; el liberalismo trata de reivindicar nuevos derechos, a favor del pueblo”.

“Los conservadores defienden la aristocracia de la sangre y con ella, los privilegios heredados e inherentes a la estructura monárquica del Estado; los liberales proclaman la nobleza del honor, el valor del trabajo y de la dignidad humana”.

“Los conservadores subyugan y esclavizan al pueblo, los liberales lo proclaman libre”.

“Los conservadores mantienen el fanatismo y la opresión al pueblo; los liberales preconizan la justicia y combaten los abusos de poner y los atropellos”.

“Los conservadores niegan instrucción al pueblo, lo agobian de trabajo y lo explotan; los liberales le educan, le abren los ojos y la conciencia y le aligeran la carga de trabajo”.

“Exigió la libertad de prensa. Escribió “¡Imprenta! Imprenta. Arrebatadnos los bienes de fortuna, arrastradnos a guerras injustas, arrojadnos en mazmorras, pero dejadnos hablar”.

Más tarde, en el “Espectador”, plantea en términos más concretos su pensamiento liberal. Sostiene que el liberalismo es:

“Libertad de pensamiento, libertad de conciencia, separación de la iglesia y el Estado, abolición de la pena de muerte, matrimonio civil”.

Postulados que fueron convertidos en bandera de lucha por Alfaro y otros revolucionarios y que por fin, después del triunfo liberal de 1895, varios de estos postulados se convirtieron en preceptos constitucionales y legales.

En la defensa de los derechos humanos, proclamó:

“El derecho de sufragio. Es derecho de todo ciudadano a la participación en el gobierno, en las naciones cuya forma es la república democrática, alternativa y electiva”.

En muchos de sus escritos Montalvo abogó por la organización de un partido político, específicamente, el partido liberal; en el Regenerador, escribió el ensayo titulado “Sin partido no hay gobierno”.

Sin duda Montalvo fue “el ideólogo del liberalismo”. Desde luego hubo otros destacados liberales como Pedro Moncayo, Pedro Carbo, pero que, poco o nada transmitieron, por escrito, sus ideas. Peralta en cierta forma, fue el ideólogo continuador de Montalvo y quien llevara a la práctica muchos de los postulados políticos, en su calidad de uno de los más eminentes miembros del gobierno de Alfaro.

Las ideas sociales

Montalvo no se estancó en el liberalismo clásico de “dejar hacer y dejar pensar” Luchó también por nuevas ideas, por la justicia social.

Cuando le fue posible actuar personalmente, organizó en Quito, poco antes del destierro ordenado por Veintemilla, la que se denominó Sociedad Republicana. En su discurso inaugural sostiene que la Sociedad se organiza bajo algunos de los principios de la II Internacional. Dice:

“La Internacional es sociedad universal, tiene su centro en Francia y en radios luminosos se abre paso por todo el continente”: La Internacional reconoce el principio de propiedad; no quiere sino que las clases laboriosas no malogren su trabajo y la industria tenga sus leyes a las cuales se sometan la ociosidad y el lujo (...) Defensa de los derechos del pueblo, ejercicio de los deberes sociales, libertad arreglada a la razón, estudio práctico de la política, progreso gradual y de buen juicio, todo en medio del orden, tales son los fines de la que declaramos instalada”(12).

El discurso enfureció no solo a los conservadores cuanto a los jerarcas de la Iglesia. La Sociedad Republicana vivió los pocos días que Montalvo pudo permanecer en el país, antes del inmediato destierro.

De regreso a París, durante su último destierro, Montalvo, abogó por la justicia social. Mencionó solo un párrafo. *“En cuanto a la libertad, es un principio práctico en todas sus formas; libertad religiosa, libertad de imprenta, ¡y qué libertad! Sin límites, sin frenos. Libertad de palabra, hasta para que los enemigos de la república griten: ¡Abajo la república! Igualdad ante la ley, ante el juez; distribución de justicia, todo existe en Francia, y no en leyes y códigos simplemente, sino en ejercicio real y verdadero.*

“Ah, una cosa falta para que el equilibrio de las clases sociales sea perfecto y el pueblo no tenga qué decir, cosa sin la cual ni la tranquilidad será constante, ni la paz segura, porque no puede haber paz ni tranquilidad donde la desproporción de bienes de fortuna es tan notable, tan escandalosa que, mientras el capitalista levanta palacios y come como el rey de Persia, el trabajador, el operario, con doce horas de fatiga y todo el sudor de su frente, no alcanza a mantener a su mujer y sus dos hijos.

La defensa de los derechos sociales constituye otro extenso capítulo de las ideas y luchas del gran Ambateño.

Para terminar volveré a una de las profecías del gran Enrique Rodó. Dice: *“Cuando en un cercano porvenir los pueblos hispanoamericanos pongan en acervo común las glorias de cada uno de ellos, arraigándolas en la conciencia de los otros, la imagen de Montalvo tendrá cuadros y bustos que las multiplicarán en bibliotecas y universidades de América. La posteridad llamada a consagrarse los laureles de este primer siglo dirá que, entre los guías y mentores de América, pocos tan grandes como el hijo de Ambato”* (8).

12. MONTALVO, J.: *Ibidem*, Vo, II.

8. RODO, J. E.: Montalvo. En: *El Mirador de Próspero*. (Breve semblanza biográfica y esencialmente, extraordinario estudio crítico de la obra de Montalvo), pág. 204-289, Ed. José María Serrano, Librería Cervantes, Montevideo, 1913, 572 pp.